

educación médica tras la secesión del sur de la isla del Reino Unido y la creación del Estado Libre de Irlanda en 1922, y su impacto en el estudiantado. En este capítulo despliega las narrativas de los y las profesionales que estudiaron en las décadas del 1940 y 1950 que entrevistó, profundizando sobre todo en la experiencia de la emigración, que muchas de las personas entrevistadas compartían debido a las limitadas oportunidades de empleo en la isla.

Esta característica de las escuelas médicas irlandesas como escuelas que forman para la emigración continúa en la actualidad, concluye Kelly. Pero no es la única continuidad que destaca el riguroso, pero a la vez divertido, libro de Kelly. Nos muestra, en definitiva, no solo las voces de los y las estudiantes de medicina del pasado, sino también las preocupaciones y alegrías compartidas con quienes estudian medicina hoy. Por todo ello, *Irish medical education* es una lectura muy recomendable y un excelente ejemplo metodológico de cómo hacer una historia desde abajo. ■

**Agata Ignaciuk**

Grupo de Investigación Estudios de las Mujeres, Universidad de Granada

ORCID: 0000-0002-7866-6895

**Patricia Fara. A Lab of One's Own: Science and Suffrage in the First World War.** Oxford-New York: Oxford University Press; 2018, 352 p. ISBN 978-80-198794-98-1. 18,99 £

En el centenario de las elecciones en las que las mujeres votaron por primera vez en Gran Bretaña, la historiadora de la ciencia Patricia Fara escribe este libro para relacionar derechos civiles y actividad profesional de las mujeres, en especial de las dedicadas a las ciencias y a la medicina durante el periodo anterior a la primera Guerra Mundial y a lo largo de esa trágica contienda.

El libro se articula en torno a la vida de unos pocos grupos de mujeres de ciencias: una matemática, dos químicas, y tres médicas, todas ellas británicas. Para hablar de ellas, Fara se toma su espacio y emplea varios capítulos para introducir el ambiente y las culturas en las que cada una de ellas emergió con autoridad. De esta forma, reconoce la historiografía de las mujeres y los textos que ellas mismas publicaron y con ello sumerge a sus protagonistas en la red de agentes —autoridades políticas, medios de comunicación, propagandas de todo tipo—

y en el conjunto de circunstancias en las cuales tuvo lugar la entrada de las mujeres en la vida pública, política y profesional durante un periodo articulado en torno a la Gran Guerra. Fara se basa en la historiografía —ya abundante— sobre científicas y médicas en Gran Bretaña, a la que acompaña de material de archivo procedente del Churchill College y el Newnham College de Cambridge, la Women's Library de la London School of Economics y del Imperial War Museum, en Londres. La autora historiza ese proceso con una cuidada combinación de la bibliografía disponible. Ella misma se inserta entre esas mujeres que acceden a la vida profesional, académica en su caso, y se suma al espacio de la historia de las mujeres tras una larga experiencia como investigadora y docente que ha transitado de la física a la historia de la ciencia.

La autora reconstruye las actitudes prevalentes en las universidades y en los círculos profesionales partiendo de la fotografía de un equipo de críquet del Newnham College de mujeres en Cambridge, tomada en 1908. Once mujeres posaron de frente con camisa blanca, largas faldas y corbatas, el pelo recogido en moños altos. Una de ellas, que destaca con botas blancas en el centro, atrae la atención de Fara, que se concentra por unas páginas en mostrarla como estudiosa de las matemáticas en un tiempo en el que tal disciplina no era considerada propia de mujeres. La siguiente imagen muestra el libro, encuadernado a mano con tapas forradas en lino, en el que se conserva el trabajo de unas seiscientas mujeres de todas las edades del Newnham College durante la Gran Guerra: médicas, químicas, biólogas y matemáticas reclutadas para participar en todo tipo de actividades durante la contienda, muchas condecoradas. Más que ofrecer una ventana de oportunidad temporal, dice Fara, la guerra marcó un punto de inflexión para las mujeres. Y aunque, añade, haber ganado el derecho al voto marcó una diferencia, las propias mujeres ya habían cambiado cuando terminó la guerra y se celebraron las elecciones generales con la participación de mujeres mayores de 31 años y hombres mayores de 21. Una nación dividida por clases participaba de las promesas de progreso que las ciencias parecían ofrecer a principios del siglo xx, cuando el conocimiento biológico pretendía justificar la situación social de las mujeres, aparentemente menos dotadas que los hombres de su clase para optar a estudios, trabajos y salarios cualificados.

Tras esta introducción, el segundo capítulo repasa una Gran Bretaña dividida a principios el siglo xx entre disparidades geográficas, económicas y culturales y recoge la historiografía sobre los trabajos de las mujeres británicas durante la guerra: con los hombres en el frente, equipos compuestos por mujeres de todas las clases sociales trabajaban en hospitales y laboratorios mientras recibían salarios más bajos que ellos por el mismo trabajo o figuraban como voluntarias.

No se trataba de una minoría homogénea, pues entre ellas diferían en ideología «como los hombres» (p. 19). El capítulo tercero está dedicado a discutir lo que se consideraban justificaciones biológicas del estatus de las mujeres, que defendían su inferioridad. Las sufragistas creían en la educación como generadora de mejoras para las mujeres y desafiaban así un destino impuesto por la fisiología y el criterio de que el estudio arruinaba su salud por considerarse una práctica antinatural.

Fara se detiene en el capítulo cuarto en las formas diversas en que las mujeres aprovecharon las nuevas técnicas para publicitar su derecho al sufragio: globos aerostáticos, fotografías en periódicos y películas que promovieron sus aspiraciones, mientras la *Hedda Gabler* de Ibsen se convertía en representación de las realidades de las mujeres británicas, que reclamaban su independencia fuera de matrimonios opresores. Presenta a mujeres atrevidas de las clases medias y altas que se hacían uniformes de la Cruz Roja, pertenecían a los Scouts de Baden-Powell, montaban en bicicleta, patentaban máquinas de lavar, camas extensibles y limpiacristales telescópicos, y se especializaron en escribir a máquina. El quinto capítulo resume la historia del sufragismo británico —su activismo y las sucesivas respuestas del gobierno y del parlamento— que durante la Gran Guerra declaró una tregua, siquiera temporal, para ponerse el mono de trabajo. Mientras se ensalzaba el valor de los soldados en el frente, atacados por los gases, Fara se queja de que apenas se mencionaba que las mujeres trabajaban en las fábricas de munición, donde su salud sufrió serio quebranto, por no mencionar los riesgos de explosión.

El sexto capítulo, uno de los más originales del libro, se dedica a la matemática Ray Costello-Strachey, como si todo lo escrito hasta entonces hubiera sido un esfuerzo por situar a esta mujer singular en el ambiente que el acceso a los archivos de la London School of Economics le ha permitido recrear. Todo el *glamour* del grupo de Bloomsbury construyó a la persona en la que Ray Costello fue convirtiéndose. Estudió matemáticas en Cambridge cuando había un 20 por ciento mujeres en esos estudios, participó en las marchas por el sufragio y viajó a Estados Unidos tras graduarse. Casada con Oliver Strachey, vivieron en India y tuvieron una hija, regresaron a Inglaterra y Ray siguió en el activismo sufragista, construyó su casa de campo con sus propias manos: colocó los ladrillos, instaló las tuberías de agua corriente. Cuando llegó el momento de ganarse la vida —los negocios de su padre fallaron y ella dejó de percibir su ayuda—, trabajó de asistente de la primera mujer parlamentaria y, finalmente, en la Federación de empleo de mujeres. Murió a los 53 años, tras una operación, dos años antes que Virginia Woolf.

En el capítulo séptimo el libro regresa al periodo anterior a la Gran Guerra situando a una fisióloga, una entomóloga, y algunas colaboraciones maritales de químicas, geólogas, y botánicas fundadoras de la British Federation of University Women, que en 1930 tenía 3.000 asociadas. Una licenciatura en ciencias no aseguraba el matrimonio sino la entrada al mundo del trabajo asalariado. El octavo capítulo parece dedicado a la guerra química, la artillería y la fuerza aérea como vía para describir las tiendas y los barracones del hospital de campaña instalado en Cambridge donde enfermeras, médicas y científicas atendían a los heridos.

El capítulo noveno trata de un conjunto amplio de mujeres que estudiaron en las universidades británicas y pudieron participar en educación, ingenierías, museos y hospitales durante la guerra, lo que generó también un aumento de la cifra de mujeres estudiantes en universidades, mientras las licenciadas se involucraban en un periodo de colaboración permanente entre el gobierno, la industria y el mundo académico.

El décimo capítulo se centra en dos químicas británicas, Ida Smedley y Martha Whitley, en su acceso a las aulas universitarias y a la sociedad británica de química. Fara se pregunta qué les hizo dedicarse a ello pese a tanta oposición (p. 168). Licenciada en Cambridge y doctorada en Londres, Ida Smedley abandonó sus intereses investigadores para unirse al trabajo de otras mujeres durante la guerra en la producción a gran escala de acetona. Participó en la creación de la British Federation of University Women, batalló en la Sociedad de Química y unió fuerzas con Martha Whitley, a quien apoyó en los inicios de su carrera docente. Durante la guerra, Whitley dirigió un grupo de siete mujeres que investigaron sobre gases y medicamentos. Entre las dos contribuyeron a que las mujeres fueran aceptadas en la Chemical Society.

En el capítulo undécimo Fara se dedica al esfuerzo de las *soldadas de las ciencias*, criptógrafas antiespionaje, operadoras de radio que desarrollaban su trabajo en el ejército, un medio que, sin precedentes, se hizo mixto. El duodécimo capítulo se centra en dos médicas, Mona Geddes y Helen Gwynne-Vaughan. La primera fue puesta al frente del nuevo Women's Auxiliary Army Corps (WAAC) creado en 1917 y compartió con la segunda los trabajos en los que participaron hasta 90.000 mujeres como «auxiliares» civiles. Helen Gwynne-Vaughan fue la primera mujer en recibir la distinción de comandante de la Orden del Imperio Británico y la primera profesora de Botánica del Birbeck College.

Un conjunto de textos autobiográficos permite a Fara reconstruir en el capítulo trece las actividades de Mary Stopes, Helen Gleichen y otras médicas fundadoras de hospitales para mujeres. La segunda generación de médicas británicas —formadas en escuelas de medicina para mujeres como la de Londres, creada

en 1874— tuvo oportunidad de ejercer al no haber suficientes médicos varones en los hospitales para atender a los numerosos heridos de guerra, tanto en Gran Bretaña como en países del continente europeo donde se formaron cirujanas eminentes. El capítulo catorce regresa al relato biográfico, el de la médica Isabel Emslie Hutton, entre Escocia y Serbia, y de nuevo da la sensación de que escribe los anteriores como una introducción a este, para conocer las duras condiciones de trabajo de las médicas en el frente. Fara muestra que puede contarse la historia del frente a través de la vida dura de los hospitales de campaña en Serbia y Tesalónica. Para cuando acabó la guerra, el asunto de la igualdad seguía pendiente y la gratitud hacia las mujeres se tornó resentimiento; fueron enviadas de vuelta a casa, a trabajos considerados sin cualificación. Pese a todo, no hubo vuelta atrás, en las empresas privadas las mujeres mantuvieron sus puestos y en privado sus intereses científicos, técnicos y profesionales, mientras el derecho a voto no suponía la victoria de la igualdad.

Fara recapitula reflexionando sobre la imposibilidad de seleccionar las diez mejores científicas británicas de la historia, como en su momento solicitó la Royal Society de Londres. Hay muchas y es difícil, sugiere, hacer tal cosa. Quizá el laboratorio al que se refiere el título del libro haya sido la sociedad británica al completo, que transitó a través del sufragismo y la guerra al trabajo asalariado de las mujeres en una sociedad que se soñó más inclusiva. Fara habla de científicas formadas en *colleges* exclusivos para mujeres y de la igualdad como un objetivo político, más que un sueño, incumplido, mientras se resiste a la perspectiva de género, en busca de certidumbres sobre la historia, que ella cuenta con ritmo, de muchas mujeres sabias y valientes. ■

**María Jesús Santesmases**

Instituto de Filosofía-CSIC, Madrid

ORCID: 0000-0002-7313-6764

■ **Robert G. Webster. Flu Hunter. Unlocking the secrets of a virus.** Dunedin (New Zealand): Otago University Press; 2018, 222 p. ISBN 978-1-98-853131-1. 18,5 \$.

Coincidiendo con el centenario de la pandemia de gripe de 1918-19 han sido numerosas las reuniones, exposiciones y publicaciones que han visto la luz. Una